

## La dicotomía hecho/valor desde la filosofía de John Dewey

*Martín Eduardo De Boeck*

UNT

[martindeboeck@gmail.com](mailto:martindeboeck@gmail.com)

### 1. Introducción

Ha devenido un lugar común para muchos, como por ejemplo para quienes sostienen en materia de ética las denominadas teorías emotivistas, la posibilidad de establecer una clara separación entre juicios de hecho y juicios de valor, con la correlativa consecuencia del carácter neutro y objetivo de los primeros, en contraposición con los segundos, meramente subjetivos. Por otro lado, para aquellos que promueven las llamadas teorías objetivistas, sin ninguna duda podemos dirimir sobre la verdad o falsedad de los juicios valorativos, aunque en este caso dicho carácter, a diferencia de los juicios de hecho, proviene de fuentes diferentes del análisis de la realidad empírica, como ser, por ejemplo, algún tipo de intuición (Dewey 2008, 12-13).

El terreno compartido por ambas posturas es esta distinción tajante entre la esfera de los hechos y la de los valores. Asumir la dicotomía tiene enormes consecuencias a la hora de abordar problemáticas éticas, políticas y morales. Por el lado del emotivismo, la imposibilidad de adscribir a las reflexiones en estos rubros las características que gustosamente adosamos, generalmente, al conocimiento en el ámbito de las ciencias, como ser la perfectibilidad, verificabilidad, precisión, potencial predictivo, etc. Por

el lado del objetivismo, el que las herramientas metodológicas de las distintas ciencias se sitúen, en el mejor de los casos, y por definición, en un lugar secundario o marginal. Según Dewey, lo que está en juego en torno a esta cuestión es la posibilidad de direccionar los asuntos humanos a través de los procedimientos heurísticos y argumentativos propios de las ciencias y la lógica (2008, 85).

Como los miembros del Círculo de Viena adhirieron mayormente al emotivismo, y dado que Dewey compartió con ellos un mismo perfil de intelectual progresista, convencido de que la adquisición de una verdadera cultura científica representa la pieza clave para el progreso social, la racionalización de la política y la educación de las masas (Dewey 2008, 16-18; Faerna 2006, 28), procuro destacar algunas ideas de fondo en las que su filosofía difiere de los lineamientos del positivismo lógico, para mostrar cómo esta dicotomía entre hechos y valores se diluye en su propuesta. Finalmente, voy a sugerir algunos paralelismos en torno a esta cuestión entre la posición de Dewey y la del filósofo argentino Mario Bunge.

## **2. El rechazo de una psicología mentalista como trasfondo de una teoría semántica de los enunciados valorativos**

Tomando como representante de las teorías emotivistas a C. L. Stevenson<sup>1</sup>, quien busca apuntalar las tesis de A. Ayer en materia de ética, un juicio valorativo como “X está bien” o “X es correcto” comprende una dimensión normativa que no está presente

<sup>1</sup> Según Faerna (2006, 29), aunque no podamos hablar propiamente de un intercambio entre ambos filósofos, contamos con reseñas críticas de algunos de sus trabajos por parte de ambos, por lo que esos textos pueden servir a los fines de establecer un diálogo entre ellos.

en enunciados como “X me gusta”, que también manifiestan de forma evidente una preferencia por parte del hablante. En su análisis del significado del lenguaje moral, los juicios cumplen tres funciones: expresan la actitud del hablante, impelen a los oyentes a adoptar el juicio en cuestión buscando persuadirlos por medio del efecto conjunto de los componentes expresivo e imperativo (efecto que no tendrían por separado), y por último, poseen un componente descriptivo, pues hacen referencia a las creencias del hablante sobre cuestiones de hecho (O'Connor 1971, 92-97).

Para Stevenson, que el lenguaje pueda ser utilizado para comunicar un estado emocional implica la existencia de términos con significado netamente emotivo, que le sirven a modo de unidades básicas. Las interjecciones y exclamaciones, expresiones como ¡ah!, ¡oh!, ¡ay!, serían estos marcadores o signos lingüísticos específicamente emotivos, que exteriorizan emociones de forma natural, del mismo modo que lo haría un suspiro o una carcajada. En última instancia, desde su perspectiva, términos como “bueno” y “malo” constituyen artificios semánticos que pueden asemejarse a estas unidades básicas en cuestión de significado (Dewey 2008, 29-35, 176-180).

Asumir que existen marcadores lingüísticos que expresan naturalmente las emociones de los sujetos y carecen de una referencia objetiva, al modo de Stevenson, supone para Dewey un marco de explicación totalmente inadecuado en el que subyace un planteamiento semántico que postula, por un lado, un estado mental interno, la “emoción”, y por otro, su descarga o exteriorización en forma de risa, llanto o interjección. Esto no es más que la consecuencia de una psicología mentalista y pre-científica que el positivismo lógico toma del empirismo clásico, que para explicar

las acciones de los agentes en términos de acciones intencionales se ve en la obligación, paradójicamente, de sobreañadir a la dimensión causal que enlaza una acción con la subsiguiente en tanto que fenómenos físicos, una serie correlativa de hechos intrínsecamente subjetivos y enteramente inobservables, en flagrante contradicción con sus objetivos de hacer descansar el análisis filosófico sobre bases exclusivamente empíricas y científicas (Faerna 2006, 35-36; Dewey 2008, 37, 91, 180).

Sobre este punto, como indica Hilary Putnam (2004, 28-36) siguiendo a Elijah Millgram, desde la doctrina de Hume que afirma la imposibilidad de inferir un “debe” a partir de un “es”, pareciera desprenderse una teoría semántica figurativa (*pictorial semantics*) como criterio para discriminar cuáles son las cuestiones de hecho. Según su teoría sobre cómo funciona la mente humana, los conceptos son un tipo de idea que se forja a partir de impresiones sensoriales. Estas ideas tienen propiedades figurativas al representar lo percibido asemejándose a ello, y además, propiedades no figurativas cuando entrañan o estén asociadas a emociones suscitadas en el fuero interno de los individuos.

De ello se sigue, para Hume, que no puede haber cuestiones de hecho acerca de todo aquello que en la mente no es susceptible de ser figurado (aunque no solamente en el sentido visual, pues también las ideas pueden ser táctiles, u olfativas), al modo de cualquier objeto que tenga dimensiones y propiedades físicas, como ser una manzana. Putnam lo sintetiza claramente al afirmar que la noción que sostiene Hume de hecho es simplemente la de algo de lo que puede haber una impresión sensorial. En el fondo, la dicotomía hecho/valor no sería entonces una mera distinción, útil en algunos casos, sino más bien una tesis metafísica que tiene como blanco fundamental a la ética, y que buscar afirmar de ella



que no puede tratar de cuestiones de hecho, por lo que sus enunciados quedan excluidos del dominio del discurso racional, y no son susceptibles de marca alguna de objetividad, quedando así expulsada del dominio del conocimiento y la objetividad<sup>2</sup>.

Dewey procura evitar esta consecuencia. Para ello, propone entender la conducta humana como un único proceso físico de materia en movimiento entre un organismo y su medio o contexto, un acto de coordinación sensorio-motora que persigue un fin, resolver algún tipo de desequilibrio o perturbación que le permita al organismo arribar a un nuevo estadio de adaptación o equilibrio (Dewey 2000, 105-108). Desde esta perspectiva, los ejemplos de Stevenson, como el llanto o cualquiera de las interjecciones, cuando son comunicativos, y por ende diferentes a otros procesos orgánicos como la sudoración, deben comprenderse como partes de un único suceso de integración de conductas referidas a un otro con el fin de producir en ese otro un determinado tipo de respuesta comportamental. Son procesos orgánicos susceptibles de descripción como cualquier otro, que devienen signos, conductas lingüísticas, una vez que han sido introducidos en un contexto tanto lingüístico como extralingüístico en el que tienen asignado un significado, el de manifestar nuestras preferencias, y por ende, pueden ser utilizados para generar efectos en la conducta de los

<sup>2</sup> La argumentación moral para emotivistas como A. Ayer, sólo es posible si entendemos que en realidad las disputas axiológicas son discusiones sobre hechos, en las que objetamos a nuestro interlocutor su comprensión de las circunstancias del caso, o los efectos de la acción en cuestión. De todos modos, el consenso moral a partir de una coincidencia en el plano descriptivo, debe suponer un condicionamiento moral análogo a través de la educación en ambos interlocutores. De lo contrario, convencer a la otra parte mediante el razonamiento, desde los presupuestos de esta teoría, es imposible (Zavadivker 2016, 80-82).

demás. De este modo, es posible dotarlos de una referencia específica y observable, por lo que la apelación a estados internos inobservables para comprender el comportamiento intencional se vuelve totalmente innecesaria (Dewey 2008, 89-95; Faerna 2006, 34-35).

En una línea bastante próxima a Dewey en torno a esta cuestión podría situarse, tal vez, al filósofo argentino Mario Bunge (1983, 28 y 94-110), para quien las preferencias o valoraciones no constituyen una esfera de objetos aparte del mundo de las cosas, actos, o sistemas conceptuales que consideremos valiosos, del mismo modo que los colores no constituyen una esfera de objetos aparte e independiente de los objetos coloreados. Ellos son un aspecto de nuestra experiencia, y pueden comprenderse, en su opinión, del siguiente modo: *X* es valioso en la medida *S*, en el respecto *R*, para la unidad social *U* con los *desiderata* *D*, en las circunstancias *C* y a la luz del cuerpo de conocimientos *K*, si *X* es capaz de satisfacer en la medida *S*, los *desiderata* *D* de *U*, en el respecto *R*, en las circunstancias *C* y a la luz del cuerpo de conocimientos *K*. Interpretados así, son disposiciones a la acción analizables por métodos científicos.

Mirados desde este ángulo, análisis como el de Stevenson se equivocan porque infieren a partir de diferencias funcionales de nuestros enunciados éticos en el lenguaje una diferencia en la estructura y contenido de los fenómenos referidos por ellos. El hecho de que el lenguaje moral cumpla una determinada función específica es de utilidad solo para seleccionar el conjunto de hechos relevantes para la ética como área de investigación, pero de ello no se sigue que no puedan ser sometidos a un tipo de descripción análogo al de las otras ciencias (Dewey 2008, 174-179). Como indica Faerna (2006, 37), el objetivo de la crítica de

Dewey es mostrar que los juicios de valor pueden y deben ser entendidos como juicios empíricos, haciendo notar que no existen obstáculos semánticos para ello, sin importar que su entera función sea práctica (Dewey 2000, 163-164; 2008, 183).

### **3. El carácter práctico de lo real como trasfondo para la comprensión de la conducta intencional**

La acción intencional debe comprenderse, para Dewey, como un sistema de continuos reajustes dinámicos del comportamiento, entendiendo que el organismo conforma un todo junto a su entorno material y social, que responde a los cambios en dicho entorno a través de un proceso de investigación permanente que implica modificaciones controladas y dirigidas de su conducta, o actividad sensorio-motora, mediante operaciones que de hecho alteren las condiciones existentes del entorno. En este esquema, se produce una espiral de interrelaciones entre hechos observados e ideas, en donde ambos términos son operacionales: los hechos, que en tanto seleccionados y descriptos en forma de proposiciones sirven al propósito de recolectar evidencia para la resolución de una dificultad, son juzgados en base a su capacidad para formar un todo ordenado en respuesta a las propuestas o planes para actuar sobre las condiciones existentes que representan las ideas (Dewey 200, 116-118; Faerna 2006, 38).

Así, ser razonable consiste justamente en ser capaz de calcular la importancia de diversos planes de acción mediante un ensayo imaginario (*dramatic rehearsal*) de distintas líneas de conducta que prevea todo lo que podría resultar de cada una de ellas, a partir del conocimiento disponible, en caso de ser llevadas a la práctica. Una vez calculados los medios disponibles para alcanzar el fin propuesto, los efectos adicionales que implica la utilización

de esos medios, y los efectos que podrían suscitarse a su vez de la consecución del fin, una de estas líneas de acción es llevada a la práctica. Las modificaciones producidas ocasionan nuevas observaciones, que determinan a su vez un nuevo orden de hechos que les sirve de respaldo o refutación. Este nuevo orden de hechos suscita a su vez una nueva serie de instancias experimentales o ensayos. La consecuencia de la puesta en marcha de esta espiral de interrelaciones entre hechos e ideas es la producción de conocimiento, entendido como “asertabilidad garantizada”, es decir, planes de acción, creencias, que han demostrado ser fértiles a partir de un examen crítico de nuestra experiencia. Para Dewey, la diferencia entre medios y fines es relativa, pues dado que el proceso de investigación, estrictamente hablando, no cesa, un fin significa tan solo un cierre momentáneo, y representa un medio en la medida en que proporciona una condición a ser tenida en cuenta en la próxima actividad (Dewey 2000, 125-147; 2008, 126-127; Mercau 2012, 95-105).

Así, desde esta perspectiva, la existencia de agentes dotados de deseos, intenciones y preferencias producto de las transacciones con el entorno, y que motorizan este proceso de investigación, forma parte de la descripción de la situación desde el principio. Tomar como unidad de análisis las transformaciones en el tiempo que acontecen en lo que se denomina situación, o unidad de comportamiento, a través de sucesivos procesos de investigación, se propone con el propósito de superar una dicotomía lógica y epistemológica entre sujeto y objeto, correlativa a la dicotomía entre hechos y valores (2000, 117).

Estas dicotomías, en opinión de Dewey, son subsidiarias de una comprensión del universo como estático, sin cabos sueltos ni puntos de partida nuevos, que concibe al conocimiento en tér-

menos de copia de lo real. Desde su propuesta filosófica, se asume que el mundo se encuentra en constante transformación, y que el conocimiento consiste en prever y acertar a la hora de introducir una diferencia favorable, de interés vital, en el curso de los acontecimientos (2000, 159-166). Como afirma Mercau (2012, 92, 105-106, 122), estas consideraciones dotan a la acción inteligente e intencional de un carácter moral, donde tanto medios como fines son interpretados como formando parte de un todo integrado de causas y efectos pleno de sentido, en vistas a un mayor disfrute por medio de transacciones racionales y creativas con el entorno material y social. Así, la acción se tiñe de una dimensión estética y política.

#### **4. Consideraciones finales**

En resumen, Dewey propone una teoría moral que sienta las bases en una suerte de semiología de la conducta humana, estableciendo qué líneas de acción en las transacciones sociales han demostrado ser las más eficaces en la consecución del bienestar de cada una de las partes, sin desatender los efectos futuros de esas acciones, para purgar paulatinamente nuestro comportamiento de bases irracionales en la determinación de qué es lo que debemos hacer. Los principios, reglas y normas que guían nuestra conducta social serían tratados como instrumentos intelectuales que tienen que ser puestos a prueba, y modificados eventualmente en función de las consecuencias prácticas que acarrearán, del mismo modo que los conceptos e instrumentos utilizados en la ciencia experimental (Mercau 2012, 97).

Por otro lado, una comprensión adecuada del problema de la determinación y la legalidad, como señala Bunge (1983, 47-48), permite sortear el equívoco de suponer que la afirmación del

carácter legal de la conducta humana implique que ésta deba ser uniforme. Las leyes exigen la constancia de las relaciones entre las variables en juego, y no la repetición de los sucesos. Dado que en distintas sociedades se presentan distintas variables, el abordaje científico de la conducta humana es congruente con una pluralidad de éticas en correspondencia con la multiplicidad de formas de vida social.

Así, la diferencia entre buenas y malas prácticas éticas sería análoga a la diferencia entre buenas y malas prácticas médicas, o agrícolas, donde la cuestión reside en la utilización de los medios disponibles para alcanzar determinados resultados que se muestran como los más racionales dado que se basan en generalizaciones empíricas corroboradas, una suerte de ingeniería de la acción humana (Bunge 1983, 77-78; Dewey 2008, 166). Esta teoría moral para Dewey (2008, 139-140), o ciencia de la conducta deseable, como la denomina Bunge (1983, 61), debería reposar entonces sobre el cuerpo de conocimientos de múltiples disciplinas científicas, como ser fisiología, psicología, sociología, economía y antropología, para dar cuenta del papel que juegan las condiciones materiales y las instituciones culturales en la configuración de los deseos y fines de los individuos, y así poder juzgar las consecuencias de las acciones promovidas por estos deseos, verificables a través de la observación de la conducta. De este modo, para Bunge (1983, 54-58), aserción que presumiblemente Dewey acataría, es posible justificar teóricamente una norma en la medida en que sea compatible con las demás normas y deseos de una unidad social (mientras se mantengan las circunstancias que las sustentan), y si dicha norma y el fin al que aspira, más las presuposiciones que implican, son compatibles con las leyes biológicas, psicológicas, y sociales conocidas.

Prescindir de un enfoque científico de los fenómenos valorativos en tanto que modos biológicos de comportamiento bajo el influjo de condiciones culturales equivale a mantener este conjunto de fenómenos bajo el dictado de la tradición, la superstición, el prejuicio, el dogma, el interés de clase, la autoridad externa, la costumbre, y otros poderes similares (Bunge 1983, 48-49; Dewey 2000, 116-117; 2008, 21-22, 184-185; Mercau 2012, 93, 112). Como señala Bunge (1983, 45-46), ciertas prácticas se han visto permeadas por el conocimiento científico, y han mostrado, en aquellos casos donde han sido implementadas correcta y sistemáticamente, mejoras sustantivas, como ser la sustitución del castigo físico por la reeducación psíquica y social a la hora de administrar las penas en el ámbito jurídico.

## Bibliografía

- Bunge, Mario, *Ética y ciencia*, Bs. As., Ed. Siglo XX, 1983.
- Dewey, John, *La miseria de la epistemología*, Ed. Biblioteca Nueva, 2000.
- Dewey, John, *Teoría de la valoración*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 2008.
- Faerna, Ángel Manuel, "Significado y valor: la crítica pragmatista la emotivismo", en *Quaderns de filosofia i ciencia*, 2006.
- Mercau, Horacio, "El proceso de la experiencia en la filosofía de John Dewey: acción inteligente, creativa y democrática", en *Logos*, Bogotá, 2012, N° 21.
- O'Connor, D. J., *Introducción a la filosofía de la educación*, Bs. As., Ed. Paidós, 1971.
- Putnam, Hilary, *El desplome de la dicotomía hecho/valor y otros ensayos*, Barcelona, Ed. Paidós, 2004.

Stevenson, C. L., “Introducción a Ética (1908) de Dewey y Tufts”, en *Teoría de la valoración*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 2008.

Zavadivker, Nicolás, “Emotivismo y argumentación moral”, en *Estudios de Epistemología, N° XIII*, Tucumán, 2016.